

## SESIONES DE CRITICA DE ARQUITECTURA

# OPINIONES DEL HOMBRE DE LA CALLE

Conferencia pronunciada por el periodista Víctor de la Serna  
en las Sesiones de Crítica de Arquitectura de Madrid.

Señores y amigos:

Mi intención al aceptar la invitación de la REVISTA DE ARQUITECTURA para ocupar este sitio, y nada menos que como crítico, fué la de organizar una charla ligera e improvisada. He rectificado. El tema es demasiado importante como para confiarlo a la divagación oral, y, aunque no puede dejar de ser divagación, por ser mía, será escrita, con lo cual, en definitiva, no hago más que ser fiel al instrumento intelectual que vengo manejando diariamente desde mi adolescencia. Una práctica periodística de bastantes años me ha enseñado que no hay trabajo bueno que sea largo. En mi profesión se cuenta a menudo, como anécdota simbólica, que, cuando murió León XIII, el director de *Le Temps* pidió a un joven escritor entonces desconocido y luego famoso, Edmond Rostand, que le hiciera, a las tres de la madrugada, un artículo necrológico sobre el Pontífice. Y se dice que, al enviarle Rostand veinte cuartillas escritas de prisa y corriendo para alcanzar la primera edición, incluyó una esquila que decía: «Querido director: Excúseme. No he tenido tiempo de hacerlo más corto.» Y en el *New York Times*, uno de los periódicos mejor hechos del mundo, hay un *staff* de diez famosos profesionales dedicados durante ocho horas a leer el millón de palabras que como información llegan a la mesa y convertirlo en las 145.000 que se publican cada día. Quisiera yo que este signo de los tiempos, la brevedad, me acompañara a lo largo de estas cuartillas. Me esforzaré en ello.

La decisión de la REVISTA DE ARQUITECTURA de invitar a un profano a tomar parte en estas sesiones como ponente es sensacional y acusa una abierta sensibilidad, una autoexigencia por parte de los arquitectos españoles, que los coloca, de golpe, en la línea más avanzada de los profesionales del país, confirmándose así que la arquitectura es, como arte, la reina. Las demás profesiones debieran imitar este gesto y abrir, como habéis hecho vosotros, con arrogancia, sin miedo, con la alegre resolución de quien ama la dificultad para darse el placer de resolverla, la grieta por donde penetra el aire libre, el aire de la calle, el aliento popular, la libertad, en suma, bajo la cual únicamente la criatura humana y sus creaciones se desarrollan plenamente sin deformaciones, sin canijerías y sin anacronismos.

Con un remilgo de falsa modestia podría deciros ahora que os habéis equivocado en la elección del conferenciante. No lo digo porque no es verdad. No os habéis equivocado. Primeramente, porque cualquier otro intelectual os hubiera presentado un trabajo más sesudo, más bello, más profundo. Ninguno lo hubiera presentado, en cambio, más apasionado por el tema y, desde luego, ninguno lo hubiera presentado más aireado por el aura popular. Habéis hecho bien, por tanto, en elegir un periodista y no un filósofo. Y habéis hecho bien en elegirme a mí, porque os diré la verdad. Gracias por haberme elegido, pero repito que habéis hecho bien.

Todas las artes, excepto la arquitectura, han estado, hasta que vosotros habéis reclamado el honor de ser criticados, sometidas al juicio inmediato de los contemporáneos, que, si no coincide siempre con el juicio de la Historia, porque la proximidad del acontecimiento no nos permite su contemplación nítida, casi siempre lo adelanta. Rara vez se ha tenido que rectificar en la materia. En las demás artes, por añadidura, la sanción del juicio adverso suele ser inmediata en las minorías dirigentes, y más lenta, pero también segura, en las clases menos educadas.

Si un pintor es malo, no vende cuadros, no se va a ver sus cuadros. Si un músico es malo, no se escuchan sus obras. La producción artística en pintura, en música, en poesía, si es mala, se arrincona y no molesta. La obra arquitectónica mala, es decir, más claramente, la obra del mal arquitecto, está presente con esa tozuda perennidad bancaria a que nos tienen acostumbradas ciertas esquinas y ciertas perspectivas, con esa agobiante presencia que entristece al paseante con un poco de sensibilidad y que echa a perder nuestros maravillosos atardeceres madrileños, extraviados entre disparates.

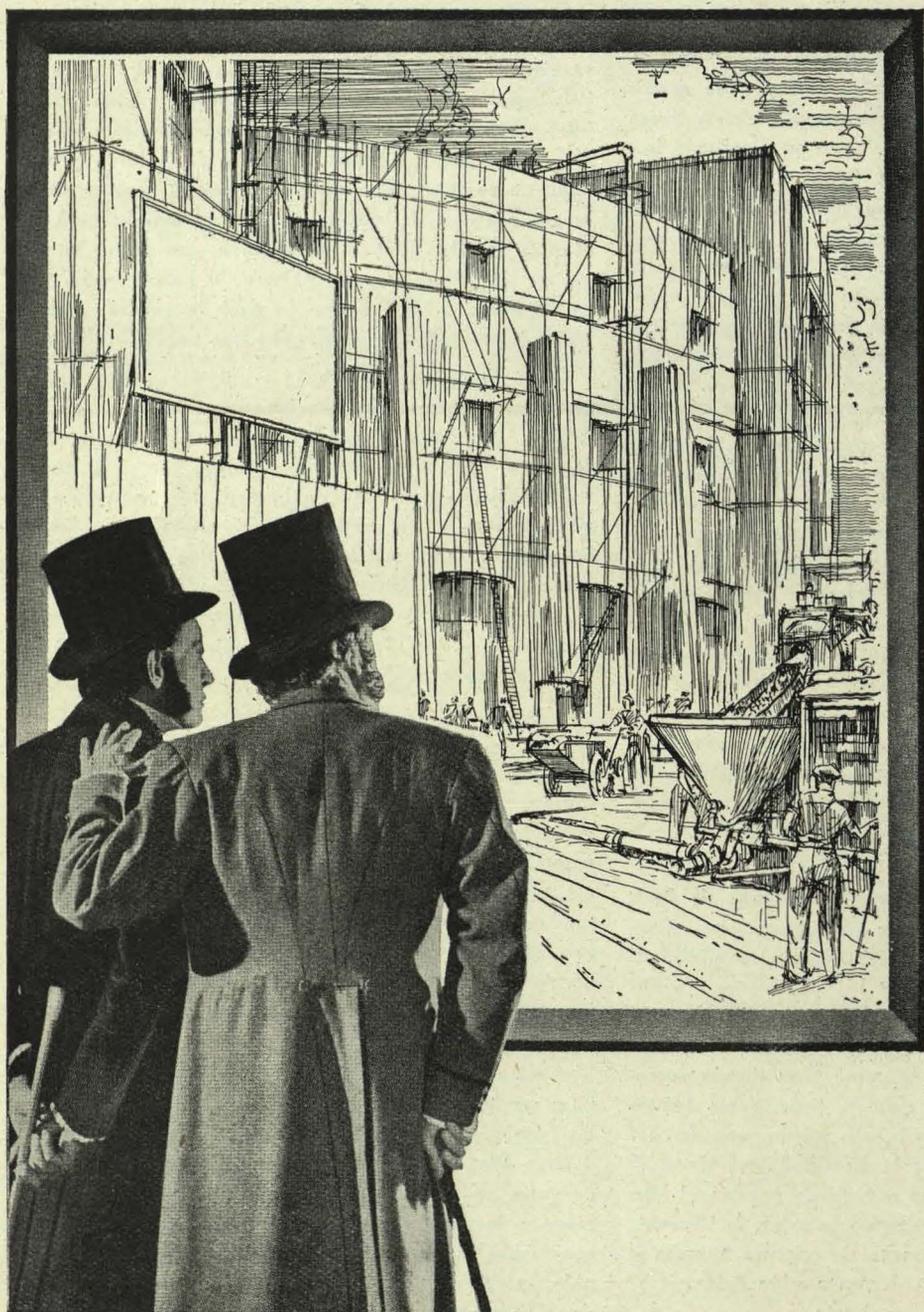
Si mi presencia aquí quiere decir que la arquitectura va a ser sometida de ahora en adelante a la crítica de los hombres sensibles hijos de su tiempo, hay que bendecir a Dios y hay que bendeciros a vosotros, y a quien de entre vosotros haya tenido la idea de pedirnos parecer a los que vamos a ver un día y otro día, una generación y otra generación, vuestra obra. Habéis tenido un gesto de sensibilidad parecido a aquel de Javier de Winthuysen, nuestro gran jardinista, a quien el

Ayuntamiento de Sevilla obligó una vez a pintar una casa y fué a preguntarle al vecino de enfrente qué color le gustaba, ya que quien iba a verlo día por día era él: el vecino.

Vosotros habéis reconocido, acaso los primeros en el mundo, el derecho que nos corresponde a los usuarios-espectadores de vuestras obras de decirnos qué nos parecen.

Como hombre de la calle, pues, como paseante, como quien se detiene de cuando en cuando frente a la perdurable silueta del mundo arquitectónico que nos rodea y sin más equipaje que el de la cultura común a un hombre de su tiempo, voy a divagar ante vosotros acerca de la arquitectura actual, tal como se me ha pedido.

De entrada, sin más rodeos, os diré que soy partidario resuelto de la arquitectura funcional. Es más: creo que la gran arquitectura ha sido siempre funcional. Como consecuencia, soy partidario de la arquitectura de nuestro tiempo, entendiéndolo por tal aquella que, a través del funcionalismo, busca lenta y seguramente el idioma definitivo en que la arquitectura ha de hablar a los hombres y ha de comparecer ante las generaciones. Creo que siempre ha sido así cuando de gran arquitectura se trata. El escándalo que en ciertas gentes produjo la llamada vulgarmente «arquitectura cubista», es decir, la de los grandes ejes de marcha de la arquitectura moderna, el de Le Corbusier y el de Gropius, y el escándalo que sigue produciendo, es de distinta clase, según sea el escandalizado. Cuando el escandalizado es un arquitec-



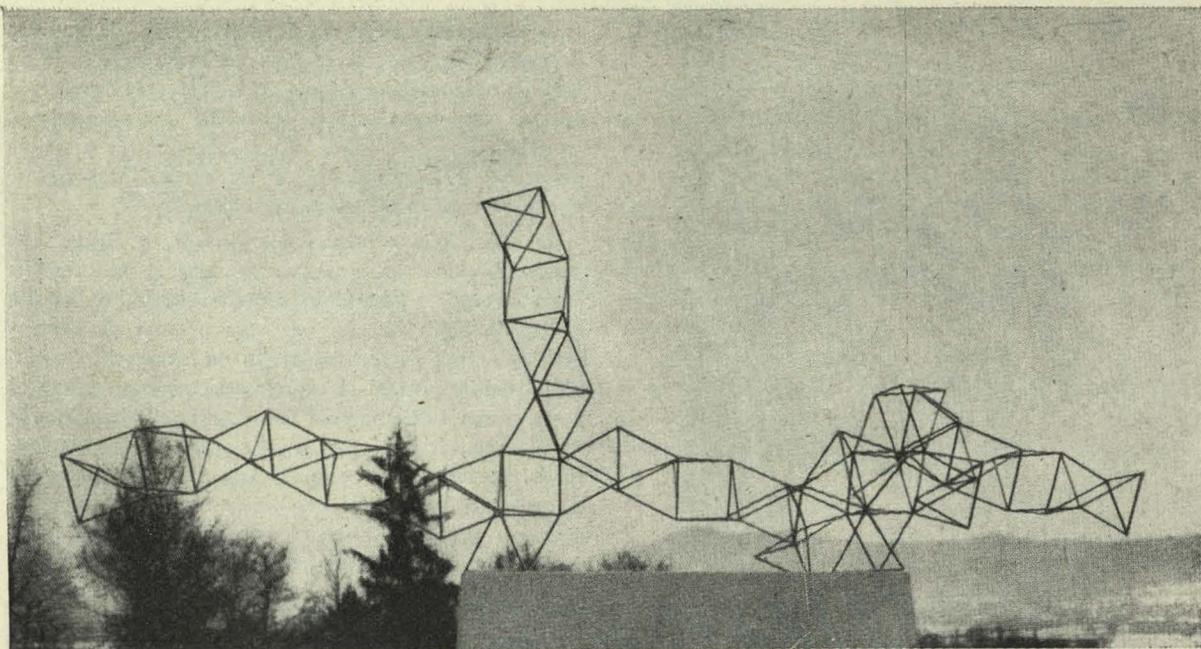
*«Como hombre de la calle, como paseante que se detiene de cuando en cuando delante de un edificio...»*



to o un hombre culto, se trata, a mi ver, de un caso de conservadurismo, de un caso de impotencia o de un caso de resistencia a reconocer la tremenda revolución operada ante nuestros ojos en medio siglo. Cuando el escandalizado es el vulgo, se trata de un puro y simple fenómeno de inadaptación a un medio bruscamente nuevo. Sin embargo, el medio existe.

He oído decir a alguno de vosotros, a alguno que puede aleccionar en muchas cosas, que el paso de una época a otra, arquitectónicamente hablando, se ha ido realizando habitualmente por etapas lentas y calmosas mediante obras de transición que conservaban la modulación clásica. No sé si expreso exactamente lo que oí a este joven maestro, pero fué algo muy parecido. No estoy seguro de que tenga mucha razón. Ni estoy seguro de que el vulgo y aun la clase dirigente percibiera la presencia del módulo clásico—cuya existencia estoy dispuesto a reconocer—en el paso de la catedral nueva de Salamanca al monasterio de El Escorial, dos edificios casi contemporáneos. Pero admito que el equilibrio formal, la modulación, estén presentes de igual manera en la portada del patio de los Reyes y en la portada gótica flameante de la catedral salmantina. Admito que se puedan encerrar en la misma jaula geométrica la fachada de la catedral de Reims y el peristilo del templo de Egina. Admito que hasta los días de nuestro buen viejo Ruskin se pudiera estar discutiendo acerca de qué estilo podría elegir la Humanidad entre los estilos clásicos para hallar el idioma universal de la arquitectura. Pero habrá que reconocer que, desde los orígenes de la cultura occidental clásica hasta hace escasamente un siglo, el hombre más o menos vivía lo mismo. Lo mismo vivía Platón que Kant. Lo mismo vivía Julio César que el Gran Capitán y casi que Napoleón. Se construía lo mismo, con los mismos materiales, bajo las mismas exigencias vitales, y las evoluciones de la arquitectura podían hacerse dentro de un movimiento uniforme, casi planetario, en torno al sol de la arquitectura griega del siglo de Pericles. De cuándo en cuándo—como es el caso del gótico—, la aparición de un invento constructivo, la bóveda cruzada o el arbotante, creaban un nuevo estilo, en el que, sin embargo, permanecían los elementos esenciales y continuos del pasado: el dintel, la columna, el arco, la bóveda. El juego arquitectónico, desde la cúspide del arte clásico, discurría dentro de límites familiares, y en este aspecto tiene razón nuestro amigo a quien aludía antes. En los mundos culturales que pertenecían a otras constelaciones (el arte chino o el indostánico), las cosas ocurrían dentro de la misma escala y con relación a soles que nos son desconocidos. Las artes mestizas (el arte árabe, por ejemplo), que picaban de aquí y de allá, que recibían de Oriente y de Occidente excitaciones e influencias, producían, a fuerza de ser poco originales, creaciones originalísimas, como la mezquita de Córdoba, por ejemplo, en que, sobre una infraestructura de

«Desde hace cien años las cosas acontecen de muy distinta manera...» (Dibujos de O. Lancaster.)



*Construcción con treinta elementos iguales. Max Bill.*

origen occidental, se desplegaba el desarrollo de una superestructura oriental.

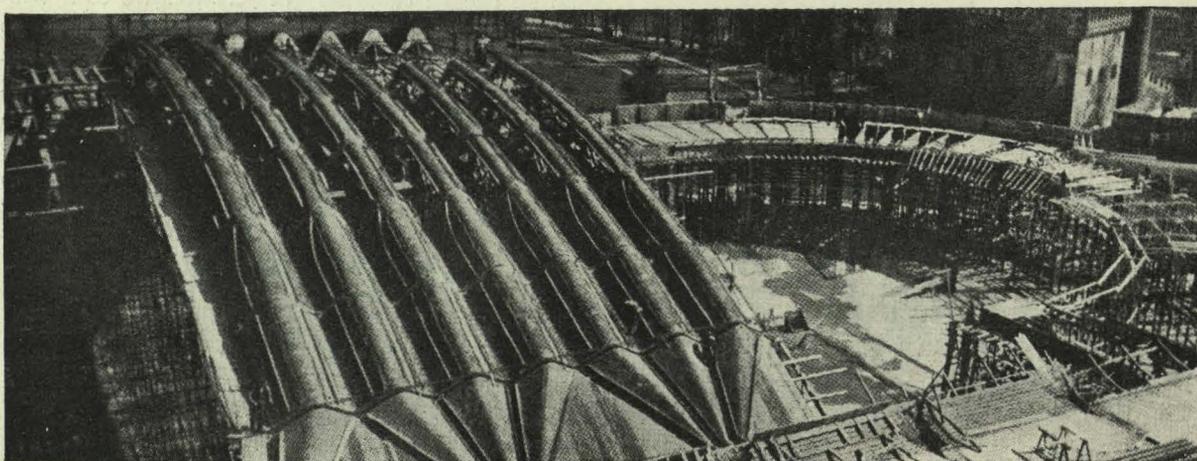
Esporádicamente, la aparición de un material determinado daba nacimiento a versiones provinciales con acento personal, una especie de folklore dentro de los sistemas arquitectónicos de la época; tal acontece, por ejemplo, con la arenisca de Salamanca, que le da al plateresco, en el tapiz de la portada de la Universidad, una modalidad especial. Lo mismo que el hallazgo del «tezontle» en Méjico permitió a los arquitectos españoles del virreinato lograr creaciones como la de esas torres de un primer cuerpo de cerámica roja esmaltada, en las que toda la pompa del barroco estalla a treinta metros de la base en la ligera piedra volcánica blanca

y brillante del coronamiento. Probablemente no existen torres antiguas más bellas que éstas.

En resumen, puros movimientos de desarrollo uniformemente acelerado o uniformemente retardado dentro del mismo sistema.

**P**ero desde hace cien años las cosas acontecen de distinta manera. Hace cien años, los cirujanos operaban como los cirujanos egipcios, y como los romanos, y como los profesores de la lección de anatomía de Rembrandt. Los hombres se hacían la guerra con espadas, y lanzas, y caballos, y los ejércitos se enfrentaban a unos pasos de distancia y la rueda era arrastrada por tracción de sangre, igual para el carro de Anibal que

*Nuevas técnicas han hecho irrupción en los edificios.*



para la cureña del mariscal Soult. Y la mansión del hombre no había sido asaltada por centenares de entes revolucionarios que han transformado el vivir humano de una manera sustancial.

Se quejaba nostálgicamente Agustín de Foxá, mi compañero, mi admirado amigo, uno de los mejores escritores de nuestro tiempo, en unos maravillosos artículos brillantes como esmaltes, que constituyen la golosina preferida de los lectores del *A B C*, del estrago espiritual que significa la presencia en nuestras casas, en nuestras oficinas, en nuestras fábricas, de esos entes a que aludo, y que, en un espacio de tiempo desarrollado dentro de la vida de cualquiera de nosotros, han transformado el *habitat* humano en términos jamás conocidos.

Si en algo tenía que reflejarse esta revolución era en la arquitectura, en la estructura de las ciudades, en las casas y en los edificios públicos. Se ha dicho mucho que la razón de la nueva arquitectura, la explicación de esta tremenda mutación que se ha operado ante nuestros ojos, se debe a la presencia de los nuevos materiales de construcción y de la mecánica a su servicio. Eso es empequeñecer el concepto de la arquitectura. La transformación operada, si sólo se debiera a la presencia de nuevas técnicas, daría razón a quienes en estos momentos las aplican a la repetición, adocenada o genial, acertada o errónea, fea o hermosa, de los modelos clásicos. Pero, a juicio del hombre de la calle que soy yo, la

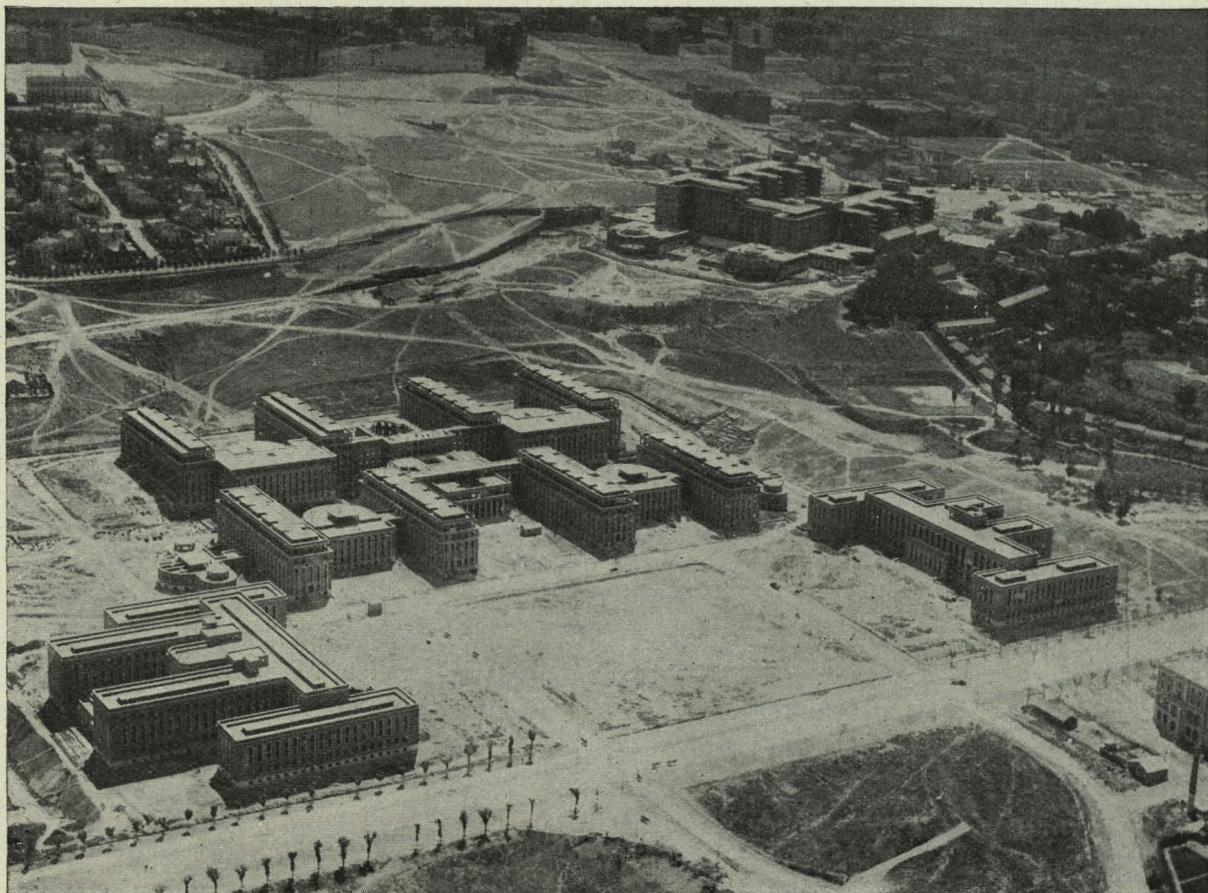
transformación que en orden a la arquitectura hay que contemplar es la transformación de la vida misma.

No ha entrado en nuestra casa solamente la brújula, ni ha entrado solamente la pólvora, ni ha entrado solamente el alambique, ni siquiera el vapor, ni siquiera aquella electricidad tímida y recreativa de nuestros abuelos. Detrás de estos heraldos de la revolución han entrado en tromba, entre 1920 y 1950, ejércitos de pequeños entes o de entes fabulosos, que han transformado la vida pública y la vida privada en unos términos que no os voy a explicar ahora.

A su presencia, que Agustín de Foxá puede lamentar con toda licitud, y que con la misma licitud puedo yo saludar con gozo, se debe la arquitectura de nuestro tiempo, una arquitectura mucho más funcional que todas las precedentes, ya que las funciones que tiene que alojar son infinitamente más numerosas, más variadas, más actuantes, más en evolución que todas las funciones juntas a que la Humanidad se ha entregado desde los albores de nuestra cultura. Hoy ya hasta para despacharle a uno para el otro mundo los encargados de hacerlo más o menos concienzudamente, más o menos responsablemente, lo hacen de otro modo.

Me ahorro el desplegar ante vuestros ojos, porque he prometido ser breve, el desfile de las técnicas actuales en relación con las técnicas pasadas y en todos los dominios. Hoy un escritor, por ejemplo, además de tener

*Ciudad Universitaria (Madrid). Correcta ordenación de cubiertas.*





que vivir como un ser cualquiera de su tiempo, esto es, de una manera esencialmente distinta a aquella como vivían los hombres del pasado, cuya uniformidad de vida iba evolucionando a paso de tortuga, necesita lo que pudiéramos llamar sus instalaciones propias. Hace cinco años apenas se conocía la técnica bibliográfica del microfilm, que, si queréis, acaba con la poesía de poder investigar en el Archivo de Simancas, pero que trae al escritor por unos duros a su casa todo el Archivo de Simancas metido en una maleta. El escritor necesita que el arquitecto haga un sitio en su casa para el proyector del microfilm. El médico necesita que lo haga para su clínica particular, que se encuentra incómoda dentro de los moldes antiguos. Y el propio arquitecto necesita que el arquitecto le haga sitio a sistemas de trabajo nuevos, a nuevos despliegues que requieren nuevos y distintos espacios y, por lo tanto, nuevos y distintos desarrollos de la unidad arquitectónica nueva. Hasta la iglesia, que ha aceptado la iluminación fría, el órgano eléctrico y el electrónico, la instalación de altavoces, la clínica popular, la escuela, la sala de proyecciones y el campo de deportes y hasta el solarium, exige del arquitecto una revolución menos violenta que la que corresponde a la vivienda, como es menos violenta la que corresponde al edificio público.

Para mí no tiene discusión la cosa. Dar por terminada la discusión acerca de la evolución de la arquitectura me parece un signo de impotencia o de hipocresía. Tratar de encerrar la arquitectura moderna dentro de la modulación clásica, puede ser un hermoso intento y ojalá se logre. Sospecho que es vana empresa en la que

se pueden esterilizar muchos ingenios que pudieran ponerse al servicio de la nueva verdad. No niego que deliberadamente pueda llegarse a aparentar una solución intermedia dando a un edificio funcional, sobre todo si se trata de un edificio religioso o de un edificio público, modulación clásica. Algo habrá sufrido la vida, suprema señora a la que el arquitecto tiene que servir, con el intento. Pero admito que pueda llegarse a una hermosa simulación. La simulación, aunque sea hermosa, señores, aunque tome del pasado o del presente o del futuro elementos de belleza engañosa, es simulación al fin. Y jamás satisfará al espíritu y será una cosa tal vez útil en apariencia, pero inútil en la esencia, como el esperanto.

Ahora bien, señores: precisamente por declararme partidario y hasta si queréis enamorado de la arquitectura nacional, y consecuentemente de las formas a que está llegando, tengo más impaciencia que nadie por verla llegar a su expresión definitiva. Claro que para ello sería preciso que la vida misma nos diera un poco de reposo y nos permitiera sistematizar el torrente, canalizarlo dentro de un orden mental. Pero aun marchando incesantemente y sin pausas al ritmo disparado de las técnicas puestas al servicio del hombre individual y de su hogar o de su centro de trabajo, creo que debemos pensar en ir echando las bases de lo que pudiéramos llamar gramática de la arquitectura, declarando algunos principios que ya se pueden ir aceptando como valederos para mucho tiempo y que acaso no son otra cosa que legados apenas percibidos del pasado clásico. Un principio de esta clase es, a mi ver—y perdonad la petulancia—, el de que no hay edificio bello, público o

*Caos de tejados madrileños. Gigantesco suburbio aéreo.*



privado, sin una cubierta ordenada. No creo que el funcionalismo de la vivienda o de la fábrica o del taller exija inexorablemente el desorden en la cubierta. Como si la técnica moderna nos estuviera llamando cordialmente la atención sobre este principio, hasta eliminó de nuestras cubiertas, apenas nacida, un elemento díscolo, la antena de la radio, que pasó obedientemente a plegarse invisible a una moldura o a un rodapié.

Y si este principio puede aceptarse como un principio clásico de aplicación a la arquitectura de todos los tiempos, en estos de ahora, en los que el progreso ha dotado al hombre de un punto de vista nuevo, de un ángulo nuevo de visión de la arquitectura, que es el punto de vista desde el aire, el principio tiene, a mi modesto juicio, una mayor vigencia. Creo sinceramente que puede aceptarse y proclamarse ya, y en el caso de Madrid con verdadera urgencia. La adopción de la azotea como cubierta normal no llevó consigo la adopción de principios arquitectónicos que la rigieran, salvo en casos muy raros y casi siempre en edificios públicos, en que el funcionalismo de la arquitectura es menor, como hemos dicho. Madrid, como Barcelona, como casi todas las ciudades mediterráneas, ofrece en este orden un aspecto desolador, y no solamente por culpa de los arquitectos, sino por culpa de las ordenanzas municipales, que no han contribuído a la ordenación de las cubiertas (si tuviéramos tiempo diríamos que tampoco a la ordenación de las medianerías). Visto Madrid no ya desde el aire, sino desde cualquier elevación urbana, presenta, a treinta metros de altura, el aspecto de un gigantesco suburbio lleno de casuchas, lavaderos, tendaderos. Un suburbio aéreo en el que es preciso que reparéis y que hay que ir haciendo desaparecer. Os lo voy a mostrar en unas pocas diapositivas. Vedlo.

La cosa es grave. París, desde Montmartre, no es así. El viejo Mansard lo salvó del suburbio aéreo con una fórmula monótona, como todas las fórmulas, pero genial, útil y apropiada a la época y al clima.

¿Cuál es la fórmula que ha de hallarse? Señores y amigos: Me detengo porque sospecho que he avanzado demasiado y estoy pisando el terreno donde puedo hacer el papel de Bertoldo en Palacio. Quien tiene la palabra sois vosotros. Por de pronto, habéis demostrado estar en el camino de hallar esa fórmula en los primeros conjuntos que, siguiendo la terminología convencional que he empleado, pudiéramos llamar «gramaticales».

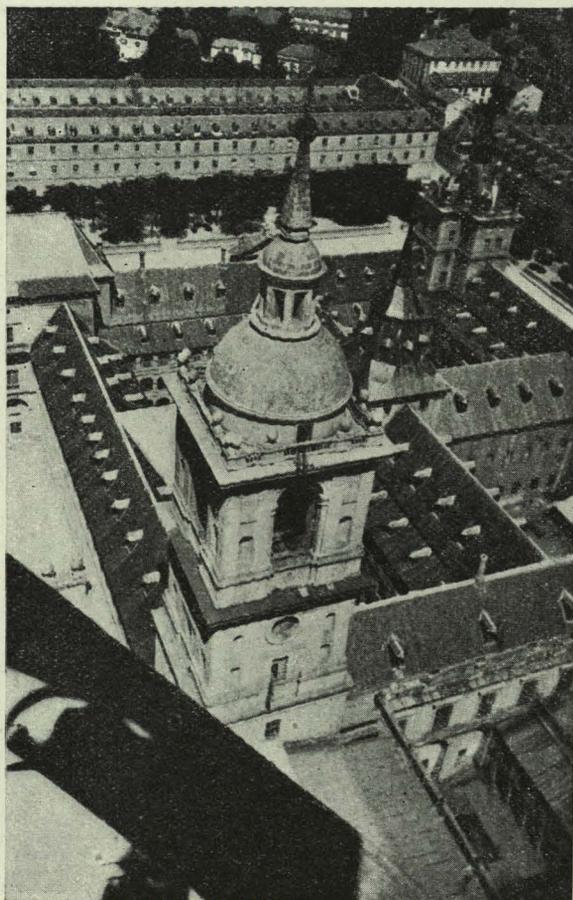
Voy a mostrároslos para reposo de vuestros ojos después del anárquico galimatías de antes. En ellos, el edificio sereno y limpio como un soneto de la Facultad de Filosofía y Letras despliega toda su hermosura, que puede parecer un poco otoñal y que acaso lo es, pero que es hermosura porque está dotada de los carismas del orden, bendición excelsa sin la cual la arquitectura no puede existir.

El orden que no tiene ni patria, ni edad, ni módulo. El orden que es el orden en las cubiertas de Juan de Herrera en El Escorial y es orden en las cubiertas del Museo del Prado de Villanueva, salvadas por esa preciosa cornisa sin la cual el tejado sería tan feo como el que le han puesto al palacio de Godoy, en la colina de Buenavista; el orden, señores, es orden también en la modesta azotea de un chalet del Viso o en la cubierta de una fábrica de rodamientos, o en la gran pista

elevada de pruebas de una fábrica de automóviles. Podría decirse de la cubierta lo que del peinado de las mujeres: que, así como no hay mujer hermosa desgreñada, no hay edificio bello con una cubierta desordenada.

Señores arquitectos: Creo que habéis llegado al límite de resistencia a la divagación del profano. Acaso he dicho un cúmulo de disparates. Son los que se nos ocurren a los que vamos por las calles en busca de la serenidad, esa serenidad que labran por igual la forma y el aire, el viento y la geometría, el hombre y su sombra, la Arquitectura y la Historia juntas, como buenas hermanas que son desde los albores de la Humanidad. Buscad el orden y lo demás se os dará por añadidura. Ahora bien: buscar el orden prematuramente es acaso entregarse al caos. Y sería además un empeño tan inútil como el de querer hacer una gramática antes que un idioma. Entre el *Poema del Mio Cid* y la *Gramática* de Nebrija pasaron unos cuantos siglos. Dejemos, por tanto, en libertad el potro de la nueva arquitectura galopando hacia las metas más ambiciosas. Poco a poco lo iremos domando, y cuando, como Alejandro, le pongamos mirando hacia el sol, le haremos nuestro. Todo esto será, amigos míos, si Dios quiere regalarnos el otro don dentro del cual el orden crece: la Paz, en la que luce el único sol que doma a los potros.

*Orden en las cubiertas escorialenses.*



He terminado, señores; pero quiero entregaros un pequeño mensaje de mi corazón: si queréis, lo recogéis. Si no, devolvédmelo. En un recodo de una pequeña y polvorienta carretera provincial de la Montaña de Castilla, desde donde se oye el mar, ahogados entre hiedras, hay unos muros ennegrecidos y casi desmoronados. Todavía en su interior se adivina el hogar de una vieja forja a la catalana. El pueblo llama a aquellos muros «la Herrería». Lo fué en el siglo xvi y en ella tiró del fuelle muchas veces, mientras le danzaban teoremas entrevistados en el caletre, un joven de recia pelambre y voluntariosa mandíbula. Cuarenta años después, aquel joven, frente a otra Herrería cuyo escorial había de clavar su nombre en la Historia, realizaba una obra revolucionaria que también escandalizaba a sus contemporáneos, pero que era empujada por uno de los más grandes revolucionarios jamás conocidos en

el dominio de la arquitectura. El mozo era Juan de Herrera, al servicio de Felipe II. El signo del hierro parece presidir la toponimia y la onomástica de los paisajes y de los hombres que intervinieron en aquella proeza por tantos títulos ejemplar. Os pido humildemente que salvéis de la ruina total los muros de la herrería matricia y frente a ellos levantéis el recuerdo de la juventud, el homenaje de la nueva arquitectura a quien despreció en su tiempo las admoniciones de los pusilánimes y se lanzó a una concepción revolucionaria dentro del orden establecido. Posiblemente vosotros ten-gáis que lanzaros, como hemos previsto, sin orden pre-establecido, porque el empuje de estos treinta años es demasiado fuerte. Pero con fe, con entusiasmo, sin miedo y con honradez, el orden os será dado. Que así sea.

He dicho.



# INTERVENCIONES



## LUIS MOYA

*Felicito al conferenciante porque ha traído un ambiente de poesía, que es lo que más nos ha sorprendido y gustado.*

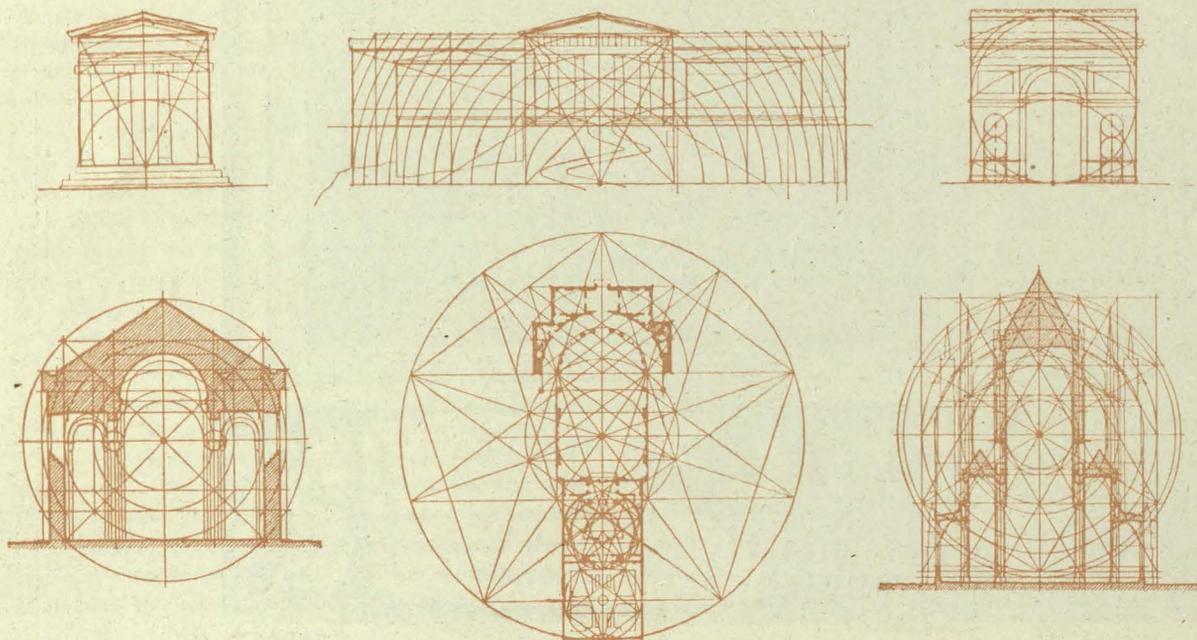
*En cuanto a técnica, a oficio, sabe tanto como cualquiera de nosotros los profesionales, y en este terreno haré mis objeciones, pues no podría hacerlo en el de las nobles y altas ideas que forman la trama de su conferencia.*

*Así, creo que el funcionalismo tiene hoy dos acepciones: la primera es la adecuación del edificio a sus fines, tal como se ha practicado siempre y en todas partes; la segunda es el funcionalismo de hoy, que es un estilo especial practicado por un grupo, con unas normas rígidas, y que ha llegado en estos últimos años a separarse por completo del origen de la idea, habiéndose sustituido ésta por un catálogo de soluciones puramente formalista, que nada tiene que ver con el sentido original de la palabra. Se observa esto claramente ante uno de los más graves problemas del mundo actual: el de la vivienda.*

*Los arquitectos, no solamente los españoles, sino los del mundo entero, han fracasado por completo en el problema de la vivienda. Este problema lo tenemos sin resolver. ¿Qué nos queda entonces por hacer? ¿Inventar un nuevo funcionalismo, o seguir el que se hace por ahí, el que lleva la norma del estilo?*

*Este último, el funcionalismo dogmático, ha fracasado totalmente en este problema de la vivienda y en otros muchos problemas, principalmente porque es carísimo.*

*Por ejemplo, el edificio de la O. N. U. ha costado una cantidad fabulosa por metro cuadrado y planta. En el mes de noviembre pasado se ha producido un hecho desolador, porque ese edificio, hecho con todos los adelantos técnicos, se ha inundado en casi todas sus plantas. El agua ha entrado a torrentes a través de sus perfectas ventanas de guillotina, hechas de aluminio, porque, durante el temporal que sufrió Nueva York en aquellos días, el viento no pudo salvar el obstáculo de la enorme losa puesta de pie que es este edificio más que subiendo y arrastrando la lluvia hacia arriba, lo que no estaba previsto en aquellas ventanas. Esta falta de previsión ante un fenómeno normal de la Naturaleza es el fallo usual del funcionalismo dogmático. Quiere resolver las cosas sólo por la razón. En los escritos de Le Corbusier y su escuela se ve la aspiración a encerrar todos los datos en una ecuación cuya solución sea el edificio. Ya sostenía Laplace que todo obedece fatalmente a leyes básicas y que, si sabemos todos los datos que definen un sistema en el momento actual y aplicamos las leyes correspondientes, podremos predecir el futuro. Por ejemplo, el día que se sepa exactamente en un juego de dados poner en una ecuación el peso de cada dado, la fuerza de impulsión del cubilete, etc., predicaremos el resultado y no habrá azar. Esta idea de Laplace de encerrar en una ecuación todo el universo, incluida la vida humana, es una herejía y una estupidez, probada en el propio campo de la física, pero si-*



que rigiendo en el funcionalismo. Se reúnen todos los datos que se puede sobre el edificio que se va a hacer, se ligan por fórmulas adecuadas y resulta automáticamente el proyecto. Como renuncian a la experiencia de otros siglos y al criterio de autoridad, se quedan con sólo los datos y las leyes para enlazarlos. Ambos son incompletos o falsos, como sabemos por la historia de las obras de esta escuela desde 1924. Mucho han cambiado las circunstancias desde que en ese año se dijeron las cosas que hoy se repiten exactamente iguales, porque lo malo del grupo funcionalista es que hayan variado tan poco sus tesis en estos graves años, que son ya casi treinta. Las brillantes obras de ese grupo han desviado a los arquitectos del mundo entero del estudio serio de la vivienda, y estamos todos sufriendo las consecuencias. El funcionalismo ha puesto de moda las terrazas y los grandes ventanales. En Castilla la gente no sube casi nunca a las primeras y son carísimas si han de tener el aislamiento térmico equivalente a un tejado vulgar y si se han de evitar las goteras. También los ventanales son caros de construir y más de sostener si han de defendernos contra el frío y el calor de aquí.

Hablemos ahora de la modulación. La modulación es una relación de medidas y de proporciones en un edificio y no tiene nada que ver con el estilo. Platón y San Agustín dicen que el mundo material es reflejo de un mundo ideal de geometría de números. Los antiguos buscaron el sistema de proporciones del mundo ideal y lo encontraron en las relaciones fijas de las notas musicales. No siendo el ojo tan fino como el oído, se limitaron a extender a las cosas visibles las mismas leyes encontradas para el sonido, movidos por su creencia de que la unidad del alma haría bueno para los ojos lo que era bueno para los oídos y que este sistema estaría conforme con la forma ideal del alma humana y con la forma material del cuerpo y con sus movimientos. Esto último se comprobó por completo. Naturalmente, la adaptación de una modulación fija obliga mucho, aunque no a la forma, pero en cambio sí obliga a un orden, y este orden es consecuencia de dicha modulación. Me refiero a la aplicación actual de la modulación, no a su historia.

## VICTOR DE LA SERNA

No se puede preestablecer el orden. La arquitectura moderna necesita un orden; pero tiene que buscarlo, no puede preestablecerlo, ni tampoco puede someterse a priori al orden antiguo. Ojalá que se pudiera encerrar en él; pero, si no puede ser, habría que buscar otro orden. Las condiciones de vida de nuestros antepasados fueron iguales o muy semejantes, no ya a través de siglos, sino de milenios. Yo no soy un doctrinario funcionalista, aunque diga que la arquitectura debe ser funcional, y estoy de acuerdo con Moya, aunque en distintos puntos de vista. El cree que es necesario el módulo. Yo, también. El sostiene que el módulo clásico sirve para la nueva arquitectura. Yo creo que no, aunque me gustaría creer que sí.

### L. M.

Hay que observar dos cosas: la modulación en sí, que es una relación establecida en el espíritu desde el prin-

cipio, y su reflejo en los estilos. Hay templos griegos y catedrales góticas hechas con la misma ley modular. Hace unos cincuenta años se perdió esto, y hace unos diez años, en Alemania, se empezó a hacer el estudio de la nueva modulación necesaria para nuestro tiempo. En Estados Unidos funciona hace unos cinco años una Asociación dedicada a este estudio. ¿Con qué objeto se hace esto? En Alemania se hizo para construcciones militares y, lo que es aún más grave, para construcciones de campaña.

### V. S.

El edificio público es más fácil de modular que la vivienda.

### L. M.

Todos los trabajos no se refieren más que a la vivienda. Tanto unos como otros han llegado a la casa de hoy, pero han visto que, por otra parte, la guía segura es precisamente la experiencia antigua, antes que se perdiera el sentido humano de la construcción. Ahora bien: convendría, a mi juicio, que se orientase a la gente sobre el valor de la civilización actual mecánica y todos los demás adelantos y progresos científicos que se han venido llevando a cabo. La población de Europa se ha triplicado casi en poco menos de dos siglos, y hoy la vida media, en vez de cuarenta años, como antes, es de sesenta y siete. Hay que saber distinguir entre estas cosas verdaderamente importantes y lo que son chismes y bagatelas.

La vivienda es lo que constituye un verdadero problema para el mundo entero, y por ahora no se le ha encontrado solución. Es uno de los grandes fracasos de nuestros días.

### V. S. -

Es que la vivienda moderna evoluciona vertiginosamente, y cada día plantea una nueva exigencia de espacios. La alusión que hice a la necesidad de un espacio para el microfilm en la casa del escritor es un síntoma, uno de tantos. En casa del médico, las exigencias son otras.

### L. M.

La Prensa es la que puede enseñar al público a distinguir entre los progresos importantes y los juguetes, lo que tiene gran importancia en el caso particular de España. Una casa, un edificio cualquiera no se hace aquí, como en todos los demás países, para un plazo determinado y breve, por lo general; aquí la casa se hace para durar eternamente.

### V. S.

Eso plantea otra cuestión: la de las ciudades modernas. ¿Son, efectivamente, modernas o antiguas? Por ejemplo: Nueva York, ¿es una ciudad moderna o antigua?

En cierto aspecto es antigua, puesto que se hace para ser derribada. No todo lo actual es moderno. También se hace hoy mucha arquitectura anacrónica con pretensiones de modernismo. Esa es la que nace vieja.

L. M.

Un edificio de altura, un rascacielos que vi derribar en Nueva York, tenía treinta años y ya no servía para nada, según el criterio del país, porque hacer nuevas instalaciones en el edificio viejo era más costoso en tiempo y dinero que hacer un edificio nuevo completo.

V. S.

Esas son dos actitudes de una misma marcha, y hay una que nos ordena ser humanos y comprensivos y plégarnos a las posibilidades y exigencias del momento. El eje de marcha es el mismo, aunque las velocidades sean distintas. Una es la velocidad que exige una vivienda rural para un campesino, que vive hoy como en el siglo XIV, y otra es la velocidad que exige el paraninfo de un Colegio Mayor en Madrid.

MIGUEL FISAC

Quiero, ante todo, felicitar al conferenciante. Después, aclararle que, aunque los arquitectos que estamos aquí nos queramos mucho, no por eso estamos de acuerdo en puntos esenciales de la tendencia arquitectónica a seguir. Así, unos pueden tener un criterio clásico y a otros no nos gusta para hoy ese camino de la arquitectura antigua, sin que tampoco quiera esto decir que aceptamos los postulados de la llamada arquitectura moderna. Y no los aceptamos porque, si los cánones clásicos no pueden crear una sincera expresión del vivir actual, hemos tenido la tristeza de comprobar que la llamada arquitectura moderna, en general, es tan poco sincera como sería hoy la antigua.

Hemos visto ciertos edificios modernos a través de las magníficas fotografías de algunas revistas, y ¡qué desilusión al ver esos mismos edificios en la realidad! Fuera del punto de vista que tan sagazmente eligió el fotógrafo, el edificio no tiene interés, está descuidado; la estética de su funcionalismo es apriorística. Se ha buscado que parezca funcional, no que lo sea.

La falta de sinceridad expresiva de la tendencia clásica y de la tendencia moderna nos coloca en una posición difícil a los que queremos, ante todo, ser sinceros. Tenemos que romper con todo, pero nos falta la genialidad de crear la estética que exige nuestro propósito.

Es necesario ir humildemente rompiendo el fuego. Haciendo arquitectura sencilla, adaptada a nuestras circunstancias económicas, a los materiales de que disponemos, a la psicología de nuestras gentes; adaptándola a nuestros climas, a nuestros paisajes...

V. S.

A mi juicio, el protagonista más importante de cualquier hecho humano es el hombre, y el arquitecto debe tener en cuenta esto si trata de alojar al hombre en

condiciones debidas. No se puede ser dogmático ni tener ideas preconcebidas. Esta situación intermedia tan realista es la más justa, y así se puede llegar a este final que me he permitido señalar a ustedes.

CASTO F. SHAW

Es la primera vez que asisto a estas reuniones, y me encuentro con un grupo de arquitectos a los que no conocía en su mayoría, y me complazco en saludarlos.

Estoy conforme con las observaciones hechas por don Víctor de la Serna con respecto a la impresión que producen las vistas de las cubiertas de los edificios madrileños. Es interesante tener en cuenta lo que yo llamaría la «quinta fachada», esto es, cuanto vemos desde el aire, a vista de pájaro, al llegar a una ciudad. Es algo que tiene gran interés: las vistas desde el avión tienen para el arquitecto unos aspectos nuevos, que tenemos que tener en cuenta. En el momento en que estamos en el avión quisiéramos acercarnos para ver estos primeros planos que nos ha proyectado el conferenciante. Yo lo he pensado varias veces, y he estado a punto de viajar en autogiro sobre Madrid. Las impresiones que me dió la persona que voló sobre Madrid fueron muy provechosas e interesantes. Existen corrientes de aire tan fuertes que podrían haber hecho volcar el autogiro.

Desde ese día veo la arquitectura desde un punto de vista distinto, y por eso en las observaciones hechas por el señor De la Serna veo surgir nuevos factores que tener en cuenta, y hasta podremos encontrar nuevas formas de belleza.

Tiene que llegarse al aprovechamiento íntegro de las terrazas. ¿Por qué no vamos a conseguir en Madrid lo que se ha conseguido en otras partes? En un clima como el de la capital, hay que construir las terrazas bien, pues si se hacen mal, desde luego no pueden utilizarse. Lo que nos harán falta tal vez serán ciertos materiales que hoy no tenemos, pues con ellos los resultados son buenos. Perder un espacio como el de las terrazas en un edificio lo encuentro equivocado.

Creo necesario que la técnica municipal dé facilidades para su construcción, estudiando el máximo aprovechamiento, consintiendo algunas instalaciones apropiadas e indispensables.

Las terrazas se utilizan en Norteamérica, como cosa corriente, para el aterrizaje de helicópteros. En Los Angeles están próximas la Casa de Correos y la estación de ferrocarril. He visto cargar los helicópteros con la correspondencia normalmente. ¿No vamos a poder utilizar las terrazas de los edificios públicos para poder trasladarnos a nuestras residencias en el campo en plazo breve?

No olvidemos el libro del arquitecto José María Sert: ¿Pueden sobrevivir nuestras ciudades? Y es verdad que no se puede vivir cómodamente en las grandes ciudades modernas. Las ciudades deben tener resueltos sus problemas de circulación. Y ¿vamos a perder un sitio como el de las terrazas, donde ya hoy se aparcen los automóviles y el día de mañana se aparcarán seguramente los autogiros y helicópteros?

Yo, por mí, puedo decir que actualmente funcionan en Madrid varias terrazas con restaurantes y piscinas con un buen éxito económico. Si se nos ahoga a los arquitectos con normas excesivamente conservadoras, el

arquitecto tiene poco que hacer. Yo creo que en estos momentos de transformación y progreso constante, ¿no vamos a poder los arquitectos, con nuestro trabajo y nuestra inteligencia, vencer las dificultades que hoy existen para poder llegar a vivir mejor?

¿Por qué abandonar las terrazas?

## ANTONIO VALLEJO

Yo creo que sería bueno decir a la Prensa que nos tiene muy abandonados, porque en la Prensa diaria se comentan y critican toda clases de noticias (toros, fútbol, teatro, etc.), y, en cambio, la arquitectura, que dentro de su humildad tiene más categoría social que las otras, no se comenta para nada ni se nos dice lo que hacemos bien ni lo que hacemos mal. Si don Víctor de la Serna puede trasladar esto a los suyos, nosotros estaremos encantados.

### V. S.

Lo que podemos decir los críticos es simplemente lo que nos gusta o lo que no nos gusta, y por ello he celebrado tanto que sean ustedes quienes pidan ser criticados.

El señor Vallejo es joven y no recuerda cuándo comenzó una crítica de arquitectura en El Sol, en el año 1928 ó 1929. La obra criticada entonces fué un edificio de la Gran Vía, y el periódico fué llevado a los Tribunales. El hecho de que el cronista dijera que el edificio era feo fué considerado delictivo para el propietario y llevaron a los Tribunales al director de El Sol.

Si esta reunión tiene alguna eficacia, es la de que un periodista venga aquí y recoja el afán de los arquitectos y que la gente diga lo que le parece. A la arquitectura, que es la reina de todas las artes, le daría honor el hecho de ser criticada dignamente con toda la altura y atención que merece; pero se pone a los periodistas en un gran aprieto, porque se puede criticar con frivolidad un cuadro, o un libro, o una obra de música, pero frente al hecho arquitectónico hay que andar con más cuidado, porque las consecuencias de una crítica ligera pueden ser graves.

Ahora se está construyendo un edificio sensacional desde todos los puntos de vista, y todavía no se sabe lo que piensa la ciudad de este edificio.

Insisto en la actitud de la Prensa frente al hecho arquitectónico. ¿Están dispuestos los arquitectos que han hecho el edificio «España» a dejarse criticar por un periodista sin sentirse ofendidos en su dignidad profesional? Por regla general, los periódicos son empresas mercantiles supeditadas a una serie de conveniencias, etcétera. ¿Están dispuestas estas empresas a enfrentarse con una empresa poderosa, de la que dependen en cierto modo por el canal de la publicidad? Son problemas que nos toca resolver a los periodistas, y yo estoy dispuesto a defender la máxima libertad en los periódicos.

## L. FIGUEROLA FERRETI

Víctor de la Serna ha defendido magníficamente la postura de la Prensa, y a mí, como crítico de arte muy

joven en estas lides, me preocupa la arquitectura y quiero llevar a cabo una labor en este sentido, pues estoy interesado por todas las cosas que atañen a los arquitectos. Hay que tener en cuenta que es mucha la gente que va a las Exposiciones, pero, en cambio, no es tanta la que se fija en los edificios, y aun le falta una base de instrucción, que hay que darle. Yo digo, modestamente, que en este aspecto tengo mucho que aprender, y los críticos de arte han mostrado una desatención y una falta de cuidado, por lo que yo prometo asistir a estas sesiones, que me servirán de elemento material y juicio muy importante para poder llevar a cabo esa labor que he apuntado.

### V. S.

Me parece que fué en el año 1931 cuando se decretó no sé por quién la desaparición de esa pequeña casita, tan bonita entonces, en la calle de Alcalá, frente al Ministerio de Educación Nacional. Esa casa iba a ser derribada y fué levantada la valla, y yo publiqué un artículo en El Sol en el que defendía el no derribo de esta casa, y entonces, el oficial mayor del Ministerio de Educación Nacional convenció al ministro de que yo tenía razón, y tuvieron ambos la gentileza de enviarme las llaves como símbolo de capitulación: igual que Boabdil a Isabel la Católica con las llaves de Granada. En fin, la colaboración de la Prensa es utilísima para todos ustedes, y para nosotros no puede haber gozo mayor que colaborar.

## MANUEL ROMERO

Después de oír la magnífica conferencia de don Víctor de la Serna, he de decir que a algunos arquitectos nos ha defraudado, porque esperábamos oír a un «hombre de la calle», como él ha dicho, y nos ha expuesto una conferencia que más bien parece escrita por un profesor de Arquitectura.

En estas sesiones de crítica, los arquitectos hace tiempo nos debatimos en unas discusiones de orden profesional que frecuentemente nos encierran en un círculo del que difícilmente sabemos salir. Por ello, necesitábamos la persona de fuera, el «hombre de la calle» que con su visión sencilla, pero profundamente humana, de la arquitectura de hoy, nos sacase de este círculo vicioso de discusiones, muchas veces excesivamente teóricas. De aquí nuestro gran interés en oír al «hombre de la calle» y nada más.

### V. S.

Me ha dicho usted una cosa halagadora, pero al mismo tiempo terrible. ¿Pero cree usted que la participación del «hombre de la calle» que yo soy quiere decir que participe de la querrela interna entre ustedes? No de otra manera podemos abrir la brecha sino comprendiéndonos antes, es decir, que previamente yo tenía que decir que conozco los problemas en que ustedes están metidos, y, aunque es muy posible que efectivamente los «hombres de la calle» no tengamos el derecho a romper el cerco, sí es probable que seamos los únicos, previo el planteamiento del mismo problema que tienen ustedes, que podemos trasladarlo a la calle. Los hom-

bres de las tertulias hablamos también de arquitectura.

Yo tengo que partir de la existencia de esta querella y demostrar a ustedes que la conozco. Es muy posible que encuentren ustedes un camino, una orientación, algo. Yo, de momento, no tengo esa capacidad.

Me es muy simpática su actitud, pero creo que la cosa previa es hablar todos el mismo lenguaje, es decir, estar todos dentro de la misma escala: ustedes, en la profesional; yo, en la no profesional, e incluso otro que venga detrás en la antiprofesional. Hay que escuchar todos los dictámenes. De acuerdo. Pero yo quiero hablar por de pronto su lenguaje, aunque sea en tono menor. Esté usted seguro de que, si este primer contacto se hubiera establecido con la cocinera, sabe Dios lo que se hubiera armado.

Hasta ahora el templo de la arquitectura estaba cerrado con siete llaves para la crítica. No puede ser la cocinera quien irrumpa en él la primera.

## M. R.

Quiero insistir en las ideas a que me he referido, porque creo sinceramente que pueden contribuir a orientarnos en el camino de una buena arquitectura, es decir, hacia una arquitectura ante todo profundamente humana, en todas las dimensiones de este concepto. La arquitectura la hacemos los arquitectos, pero no la hacemos para los arquitectos, sino que es para todos: niños y ancianos, hombres y mujeres, vinculados en la familia y agrupados en la ciudad. Si consideramos así el destino de nuestra arquitectura, ¿no sería del mayor interés poder descubrir en la retina de sus espíritus la impresión que les causa una u otra arquitectura?

¿No tendría acaso un valor extraordinario para el arquitecto el poder llegar a detectar las íntimas impresiones que en el espíritu de un niño produce la arquitectura en su aspecto plástico?

En este sentido, creo que para el arquitecto es del mayor interés la impresión del «hombre de la calle» y que no debe existir impresión despreciable: la del ama de casa la necesitamos y la de la cocinera puede estar llena de gran valor humano.

## FRANCISCO A. CABRERO

Lo que más me ha gustado de la conferencia de Víctor de la Serna es que se haga una arquitectura para el día de hoy, y además, como lo ha dicho de una manera tan bonita, me ha emocionado.

Los errores de la arquitectura moderna son errores que existen, y en todos los tiempos se ha hecho mucha arquitectura que ha fracasado, pero ello no quiere decir que vaya por camino equivocado. Hoy todas las recomendaciones que nos da la arquitectura van hacia la economía: la repetición del tipo es una economía, y nosotros mejor que nadie vemos la economía que existe en repetir las medidas, las piezas, las formas; la reducción de la ornamentación es una economía grande, la «standardización», la industrialización de los elementos indiscutiblemente van a la economía.

Yo, que siempre coincido mucho con la manera de pensar de Fisac, creo que no es lo que ha dicho lo que hay que hacer.

En los primeros tiempos ha existido una evolución, como la hay en todo lo humano, y debe seguir esa evolución de la arquitectura.

